

31er Domingo Ordinario B/2012

Las lecturas de este domingo nos hablan del amor a Dios y del amor a nuestros semejantes. Nos muestran también que el amor a Dios y el amor a nuestros semejantes van juntos. Por eso, sería imposible ser fiel a Dios si somos infieles a la causa de los demás.

En la primera lectura, Moisés recuerda al pueblo de Israel su compromiso hacia Dios. Si temen a Dios y guardan sus mandamientos, los bendicirá con una vida larga y una tierra hermosa. Por esta razón, tienen que amar a Dios con todas las células de su ser y guardar en el corazón sus mandamientos.

Lo que este texto nos enseña es la importancia de obedecer a Dios como compañero exclusivo en su relación con su pueblo. Existe también la idea de que si el pueblo de Dios permanece fiel al espíritu de la alianza, Dios les recompensará y satisfará sus necesidades espirituales y materiales.

Todo esto nos ayuda a entender mejor el evangelio de hoy cuando Jesús responde a la pregunta del Escriba declarando que el primero de todos los mandamientos es el amor a Dios y el amor a nuestros semejantes.

En primer lugar, el Evangelio dice que cuando un Escriba preguntó a Jesús sobre el primero de los mandamientos, le respondió que era el amor a Dios. Añadió también que tal amor no tendría sentido si no incluye el amor a nuestros semejantes. Esta es la razón de por qué el segundo de los mandamientos es el amor a los demás.

Impresionado por la respuesta de Jesús, el escriba reconoció que el amar a Dios con todas las células de nuestro ser y amar al prójimo vale más que todos los holocaustos y sacrificios. Jesús, por su parte, reconoció la honradez del Escriba indicando que no estaba lejos del Reino de Dios.

¿Qué aprendemos de este Evangelio? Lo primero es la importancia de someternos a Dios completamente. Cuando Jesús dice que el primero de los mandamientos es amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas, él nos invita a rendirnos a Dios completamente.

De hecho, uno de los dilemas que afrontamos cada día es la división que se forma en nuestro corazón hasta en nuestras opciones mínimas. El ejemplo que podemos dar en este aspecto es lo que nos pasa cuando vamos a las tiendas para comprar un vestido, una camisa o un perrito. De hecho, nos toma tiempo antes de que decidamos cuál de esas cosas vamos a coger.

Dios no quiere que le amemos con un corazón dividido, sino con un corazón íntegro. Dios no quiere que le amemos como un objeto entre muchos otros, sino como a quien damos nuestro corazón entero, toda nuestra mente y todas nuestras fuerzas. Tenemos que darnos exclusivamente a él.

¿Por qué hacerlo de esta manera? Porque somos creados para Dios y amarle es volver a él como hijos e hijas suyos. Además, Dios es el amor. Si es así, amarle es volver a lo que somos porque somos creados a su imagen. Pues, no podemos amarle sin amar

a nuestro semejante. Porque somos creados por Dios, somos creados uno para el otro. Esta es la razón por qué no hay una espiritualidad sin el humanismo y no hay humanismo sin Dios. Apoyar a uno y rechazar a el otro, y viceversa, es una contradicción. Podemos sólo amar a Dios y a nuestros semejantes al mismo tiempo.

Por eso no debemos descuidar el destino de nuestros semejantes con quienes vivimos. No podemos sentir cariño por las cosas de Dios y al mismo tiempo descuidar las cosas de este mundo. Este no es el socialismo, sino la enseñanza de Jesús. Es una vergüenza que algunos politicen esta verdad.

El segundo punto que quiero destacar es el peligro de sentirse satisfecho por la realización de nuestros deberes. Tomo este punto de la sugerencia en el Evangelio de que amar a Dios y al prójimo vale más que todas las ofrendas y sacrificios. De hecho, como seres humanos, somos hombres y mujeres del deber. Hay muchos deberes que realizamos para nuestro país, para nuestra familia, para nosotros y para nuestro negocio, etc. En el momento que la gente realiza su deber, siente la satisfacción y la alegría. A veces y fácilmente decimos: lo ha hecho; ha terminado ahora, etc.

Es verdad que debemos realizar nuestro deber si no queremos parecer como gente negligente y perezosa. Cada uno de nosotros, en efecto, debería ser capaz de realizar su deber sin pretexto o pereza. En algunas circunstancias, cuando realizamos nuestro deber, mostramos que somos serios en nuestro compromiso. Y a veces, la gente nos juzga de acuerdo a la ejecución de nuestros deberes.

Pero, aquí es la pregunta: ¿por qué realizamos tal deber? ¿Qué nos conduce en la realización de ese deber? Mi punto es esto: aunque la realización de nuestro deber sea importante y beneficiosa para nosotros y para los demás, debemos también examinar la motivación que nos conduce a esto. Si no nos preocupamos por lo que nos anima, corremos el riesgo de hacer todo porque es nuestro trabajo. Hay una diferencia entre la ejecución de un deber porque es nuestro trabajo y la ejecución de un deber debido al amor que tenemos por nuestro país, nuestra familia o nuestro negocio, etc.

El punto no es la condenación de los sacrificios como si no fueran importantes. El problema es que, aunque sean importantes, deberían ser la consecuencia del amor que tenemos a Dios y a nuestros semejantes. En este sentido, si ofrecemos algo, lo hacemos como una expresión de nuestro amor a Dios. Si damos algo para los necesitados, lo hacemos como una consecuencia de nuestra preocupación por el bienestar de nuestros prójimos.

Con todo esto en mente, recemos para que Dios nos ayude a entender que no podemos amarle descuidando el amor a nuestros semejantes. Pidámosle el coraje para amarle a través del amor a nuestros hermanos y hermanas. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Deuteronomio Isaías 6, 2-6; Hebreo 7, 23-28, Marcos 12, 28-34



Fecha de la Homilía: el 4 de Noviembre, 2012

© 2012 – Fr Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20121104homily.pdf